

FLACSO
SEDE ARGENTINA

Fragmentación social y otras cuestiones

Ensayo sobre problemas argentinos

ERNESTO ALDO ISUANI



Índice

Introducción

Primer nivel: Frustración y anomia

1. Frustración y crisis de la política
2. Anomia y sus consecuencias

Segundo nivel: Determinantes de la frustración y de la anomia

1. Causas de la frustración: decadencia y desfase entre aspiraciones y logros
2. Causas de la anomia: debilidad estatal y elites arbitrarias

Tercer nivel: Determinantes en última instancia

1. Síndrome de la abundancia
2. Fragmentación social

Síntesis

¿Qué hacer?

- I. Para enfrentar la fragmentación social
- II. Para erradicar el síndrome de la abundancia

Edición impresa

Diseño de tapa e interior a cargo de Libronauta

© 2002 by FLACSO

Ayacucho 551

1026 - Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

I.S.B.N. 987-1077-25-4

Edición digital

Construcción y diseño a cargo de Libronauta

© 2002 by FLACSO

Ayacucho 551

1026 - Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

I.S.B.N. 987-1077-25-4

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización por escrito de FLACSO y Libronauta Argentina S.A., la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

La presente obra puede ser adquirida en formato impreso y digital en www.libronauta.com

Fragmentación social y otras cuestiones

Ensayo sobre problemas argentinos

ERNESTO ALDO ISUANI

Introducción

El país comenzó en los noventa un profundo cambio en sus estructuras económicas. Previamente nos encontrábamos, entre los rasgos más destacados, con una economía altamente protegida de la competencia externa y endémicamente afectada por procesos inflacionarios, un Estado poseyendo el monopolio de los servicios públicos y un mercado de trabajo con alto grado de protección de la fuerza de trabajo en un contexto de pleno empleo. Estos rasgos fueron desapareciendo para dar lugar a una apertura económica con amplio impacto desindustrializador, la privatización de las empresas públicas, la flexibilización de un mercado del trabajo, un gigantesco proceso de endeudamiento externo y estabilidad de precios basada en el mecanismo de convertibilidad instaurado en 1991.

Estos cambios operaron una monumental transformación en la estructura social. Aquella sociedad integrada a través del trabajo, con vastos sectores medios, movilidad social y creciente cobertura de la seguridad social, fue dando lugar a otra con alto desempleo estructural, precarización del mercado de trabajo, creciente desigualdad en la distribución del ingreso, elevadísima marginación, violencia y desintegración social, falta de perspectiva y retroceso de las clases medias.

Esta transformación socioeconómica afectó, con retardo, a la política y sus instituciones, pero finalmente es visible la crisis de las mismas. La pérdida de legitimidad de los partidos y de sus dirigentes ha sido vertiginosa en los últimos tiempos; si bien la crítica a la política comenzó a expresarse contra la corrupción del modelo menemista adquirió virulencia a partir del fracaso de la experiencia aliancista.

En síntesis, a la transformación económica le sucedió un profundo cambio social que está generando un sismo en las estructuras de la política y de los partidos. Por ello, en los comienzos del siglo XXI, la Argentina congrega serios problemas sociales, económicos y políticos que la hacen experimentar uno de los períodos más críticos de su historia.

La reflexión sobre la crisis, no obstante, está dominada por dos “simplismos” que es necesario develar. En primer lugar el “economicismo” que invade el debate público y que explica y busca solución a los problemas argentinos en medidas económicas del sector público: convertibilidad vs. devaluación, “anclaje” del dólar, tratamiento del déficit fiscal, búsqueda de sustento financiero internacional, etc. son los problemas sobre los que se espera la decisión correcta de quien gobierna para que nos conduzca de vuelta al crecimiento y la generación de empleos y nos permita liberarnos del agudo cuadro social y político. Lo verdaderamente importante entonces es producir algunas alquimias económicas por parte de expertos en la materia. La resolución de nuestros problemas pasa entonces por alguien que “le pegue” en soluciones que están situadas exclusivamente en el ámbito de las decisiones macroeconómicas. Este pensamiento mágico fue llevado a su apogeo en las intervenciones de Domingo Cavallo en el primer gobierno de Menem y en el de la Rúa. La absoluta preeminencia de la discusión sobre quienes están o deben estar a cargo de la cartera económica y la irrelevancia de prácticamente la totalidad de los puestos restantes del gabinete, es otra muestra de la vigencia del economicismo a la hora de dar cuenta o de enfrentar la crisis.

El “politicismo” es un segundo simplismo que descarga la casi absoluta responsabilidad de la crisis en la política y los políticos. De esta forma parecemos estar enfrente de políticos corruptos e ineptos que gobiernan a un pueblo maravilloso. La solución es lineal: cambiemos las actuales fuerzas políticas y políticos por otros y se resolverán gran parte de nuestros problemas. En realidad no es fácil de entender que un pueblo virtuoso produzca sistemáticamente políticos corruptos pero más difícil es encontrar políticos honestos que estén dispuestos a enfrentar la demonización predominante de la políticas y así evitar el gobierno de los peores.

Estos simplismos groseros ocultan los profundos problemas de nuestra sociedad. La escasez de reflexión crítica y debate intelectual sobre las raíces de nuestros problemas es dramática. En consecuencia estamos privados de elementos para entender que nos sucede y de esta forma buscar los caminos que nos permitan enfrentar nuestra realidad. Las sociedades, como los seres humanos, cuando no entienden que les sucede terminan enloqueciendo. Esta es una razón fundamental para no escatimar debates profundos.

En este contexto, ofrecer una visión global y articulada de los que considero constituyen principales problemas de la sociedad argentina es el primer objetivo de este trabajo y para alcanzarlo decidí ordenar y jerarquizar los conjuntos problemáticos que se abordarán en las páginas siguientes. La estructuración de tres niveles de análisis pretende facilitar la exposición al partir de los conjuntos de problemas más visibles para avanzar luego hacia aquellos más profundos y que operan como determinantes de los primeros. De esta manera, el lector podrá tener a su disposición un mapa de relaciones y determinaciones de los diversos conjuntos de problemas aquí presentados y que se encuentran sintetizados en el gráfico incluido en éste trabajo.

Este ejercicio de establecer determinaciones es absolutamente necesario a la hora de debatir sobre los caminos adecuados para enfrentar nuestra problemática ya que se torna necesario respetar la jerarquía de los mismos en la cadena de determinaciones. En pocas palabras, esfuerzos que no se dirijan a solucionar los problemas de mayor poder de determinación no podrán en definitiva dar cuenta de aquellos que aparecen en la superficie. Así, el segundo objetivo del ensayo es reflexionar sobre como abordar los problemas de mayor profundidad.

PRIMER NIVEL: FRUSTRACIÓN Y ANOMIA

En una primera aproximación a la sociedad argentina, los sentimientos de frustración y el comportamiento anómico aparecen como rasgos problemáticos generalizados.

1. Frustración y crisis de la política

Los sentimientos de **frustración y resentimiento** que hallamos en la sociedad argentina son generalizados e intensos y se expresan a través de expectativas negativas para el futuro, deseos de abandonar el país para encontrar destino en otras sociedades y agrias referencias a la capacidad de bloquear sueños y expectativas que existen en “este país”, término despectivo de amplia difusión que reemplaza a “mi o nuestro país”.

Quienes son acusados de provocar las situaciones que desencadenaron aquellas percepciones y sentimientos, son principalmente los dirigentes políticos acusados de incapaces y corruptos. Nunca sin embargo, este fenómeno adquirió la virulencia que posee en la actual coyuntura y que se traduce en las dificultades que tiene una mayoría de los dirigentes de mayor visibilidad para exponerse en público sin sufrir algún tipo de agresión. Por su íntima relación con la política, el aparato estatal también aparece con una cuota alta de responsabilidad. En verdad, prédicas sistemáticas durante un largo período, y que aun posee muchos adeptos, diseminó la noción de que el tamaño del aparato estatal y la lenta y obstaculizadora burocracia que trabaja en él, son también responsables principales de tantas frustraciones.

Las consecuencias de esta responsabilidad atribuida casi con exclusividad a la dirigencia política y al aparato estatal determinan otros rasgos típicos de la situación argentina: una **crisis de representación** de magnitud que afecta a gobernantes, dirigentes y partidos políticos. Prácticamente toda las encuestas realizadas en estos últimos años tienen a los políticos a la cabeza de los sectores de mayor desprestigio. También expresan una **deslegitimación de las instituciones de gobierno**, se trate del Ejecutivo, el Congreso o el Poder Judicial, sean ellos de nivel nacional o bien provincial.

Otros sectores dirigentes tampoco gozan de alta popularidad como es ya por muchos años la situación de los dirigentes sindicales. Los sectores empresarios, principales agentes de acumulación y crecimiento económico en una sociedad capitalista, no obstante, aparecen en un lugar secundario en cuanto a su responsabilidad frente a la frustración colectiva. La actual agresividad contra el sistema bancario es una excepción y tiene una explicación muy puntual en la retención de los depósitos de los ahorristas operada a fines del 2001.

También la frustración y el resentimiento se expresan en **trato agresivo y violencia social**. El insulto se halla por doquier, el tono áspero e increpador es corriente y se extienden otras formas de agresividad que adquieren características extremas en momentos tales como saqueos de tiendas, enfrentamientos en espectáculos deportivos, manifestaciones de ahorristas o empleados públicos, cortes de rutas o bloqueos de puentes, etc.

2. Anomia y sus consecuencias

Otro rasgo prominente de nuestra sociedad es la tendencia hacia el incumplimiento de las normas y de los contratos. Esta falta de respeto de las reglas de juego recibe el nombre de **anomia**. En un trabajo anterior¹ publicado a mediados de los noventa intenté ilustrar, con una variedad de ejemplos, el fenómeno anómico argentino. Allí sostenía que un análisis de lo que ocurre en la vida

¹ Isuani, Ernesto Aldo, “Anomia social y anemia estatal: sobre integración social en la Argentina”, en *Sociedad*, N° 10, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, noviembre de 1996.

cotidiana arrojaba como conclusión que en la sociedad argentina se producía un elevado número de transgresiones de diversa gravedad.

Entre ellas, la **corrupción** posee un lugar destacado; en primer lugar la vinculada al mundo de los funcionarios públicos, a quienes se acusa de brindar favores a cambio de determinadas recompensas. Pero también es claro que la corrupción no se reduce al ámbito de las relaciones con el sector público y afectaba a una variedad de comportamientos de agentes y organizaciones privadas. Entre ellos, por ejemplo, dirigentes sindicales destinando recursos de las Obras Sociales a fines indebidos o sectores empresarios acudiendo al soborno como medio de obtener contratos y acceso a emprendimientos.

La anomia sin embargo no se reduce a los comportamientos de sectores sociales específicos sino que se halla ampliamente difundida. Un ejemplo que expresa dramáticamente el amplio alcance del fenómeno trasgresor es la modalidad que adquiere el tránsito en las principales urbes y en las autopistas o rutas del país. En el trabajo mencionado ejemplificaba diciendo que “los semáforos en rojo son violados a gran escala, el mal estacionamiento está tan generalizado como la falta de respeto por el peatón, la velocidad a la cual se desplazan unidades de transporte colectivo es peligrosa, no se utilizan las luces de señalización para advertir sobre maniobras vehiculares, no se respetan los carriles de circulación, existe circulación nocturna de vehículos con iluminación deficiente, es frecuente quienes circulan por la izquierda y se adelantan por la derecha, hay una baja utilización de los cinturones de seguridad y en el caso de las motocicletas es usual ver conductores sin casco protector, o más aun, portando el casco en el brazo en una especie de abierto desafío suicida.”

Un examen de los medios gráficos permite ilustrar otros ejemplos muy diversos de transgresiones: amplia evasión de impuestos, producción de medicamentos sin poder curativo, desaprensión existente en la producción de alimentos, venta de alimentos en mal estado, falsificación de resultados de biopsias para inducir operaciones quirúrgicas, contaminación del agua y del aire por industrias y vehículos, etc.

La existencia de anomia en una sociedad facilita el **abuso de los más fuertes** y genera un sentimiento de **desprotección** en la población. Este fenómeno se evidencia con el comportamiento arbitrario que muchas veces caracteriza a bancos, reparticiones públicas, empresas de servicios públicos y comerciantes en relación con ciudadanos y clientes. Intereses usureros, tasas y conceptos cobrados sin justificación, falta de transparencia de la medición de los consumos, productos defectuosos, trámites engorrosos, etc., son algunos de los abusos más frecuentes. Estos no llegan a manos de la justicia porque está fuertemente establecido en la percepción general que litigar es una pérdida de tiempo y dinero que no conduce a una respuesta positiva. Por otra parte, el surgimiento y crecimiento recientes de asociaciones de defensa del consumidor no alcanzan a modificar la sensación de indefensión que experimentan los ciudadanos que frecuentemente deben lidiar con actores muchos más poderosos para resolver los problemas por estos creados.

También la anomia refuerza las acciones ilícitas de ciertas organizaciones (**comportamientos mafiosos**); ejemplos de ello ha sido el manejo del negocio de los taxis en los aeropuertos o la organización del delito que afecta a zonas del cono urbano bonaerense (cobro de “peajes” ilegales, por ejemplo). Muchas organizaciones sindicales han adoptado este tipo de conductas amenazando a sus opositores internos; extorsión y violencia son típicas en el accionar de las denominadas barras-bravas futboleras que acaban convirtiéndose en verdaderas organizaciones delictivas. Y por supuesto la anomia facilita el funcionamiento de las actividades mafiosas-delictivas clásicas como la prostitución organizada, el comercio de drogas o el contrabando.

Como consecuencia de la anomia, la situación de **inseguridad** se torna generalizada. Es fácil comprobar los fenómenos de la inseguridad física que experimentan cada vez más extendidas capas sociales expuestas a una violencia delictiva sin precedentes. De hecho, han cambiado significativamente los hábitos de vida nocturna que eran clásicos en varias ciudades importantes del país. El temor al robo, el asalto o el secuestro empuja a precauciones inexistentes en el pasado y proliferan los productos relacionados con la industria de la seguridad: de alarmas a contratación de servicios de custodia para quienes pueden financiarlo. Por otra parte, la violencia se torna “más violenta”: el número de muertos y heridos a propósito de robos y asaltos parece aumentar significativamente y algunos especialistas atribuyen este hecho a delincuentes más jóvenes e inexpertos.

Un punto a considerar en este respecto, sin embargo, es la intensidad que asume la violencia cuando es potenciada por la carga de frustración y resentimiento que caracteriza a excluidos que estuvieron previamente incluidos en la sociedad salarial. Se trata de sectores sociales que acostumbrados en el pasado a ciertos estilos de vida y patrones de consumo, se han visto caer en formas de existencia de una precariedad que jamás soñaron podían padecer.

Una prueba de la existencia de la anomia son los bajos niveles de sensibilidad de la sociedad al fenómeno trasgresor. En el trabajo anterior aludido, mencioné el ejemplo de Mario Fendrich, un cajero del Banco Nación que desapareció con 3.000.000 de dólares en 1994; un estudio de opinión² determinaba que un tercio de los varones encuestados consideraban con admiración al cajero y su acción.

Se trata de la misma simpatía o capacidad de regocijo de una sociedad que no termina de festejar el gol hecho con el puño de un futbolista superdotado. Este fenómeno tuvo un modelo acabado en la figura de un ex presidente cuyas transgresiones era consideradas graciosas, constituyendo un modelo de inspiración para buena parte de la sociedad. El uso de la denominada “viveza”, el desparpajo y la fingida inocencia frente a la trasgresión son sus principales ingredientes. “Es solo una avivada” o “Yo no fui”, son las frases explicitadas frecuentemente con cinismo y que representan la colectiva costumbre de no reconocer la conducta transgresora. “Roban pero Hacen” sintetiza la visión de una parte de la sociedad argentina hacia cierta dirigencia política en los noventa. La forma de exponer a través de medios de comunicación los logros materiales alcanzados por empresarios y políticos, algunos difíciles de justificar por medios no delictivos, expresaba la vigencia de una cultura que “festeja” no tener en cuenta el orden legal.

Por otra parte, los comportamientos ilegales no generan actitudes de rechazo explícito en la población, ya sea por el temor al bochorno, a la represalia o a la probabilidad de impunidad en caso de denunciar la ilegalidad. El “No te metás” es una frase popular que sintetiza entre otras cosas, la poca disposición ciudadana a demandar en cualquier circunstancia el cumplimiento de las normas existentes.

² Telesurvey, Heriberto, Muraro y Asociados.

SEGUNDO NIVEL: DETERMINANTES DE LA FRUSTRACIÓN Y DE LA ANOMIA

1. Causas de la frustración: decadencia y desfase entre aspiraciones y logros

La **decadencia** que viene afectando al país es el principal determinante de los sentimientos de frustración a los que aludimos en la sección anterior y engloba un conjunto de factores entre los que pueden señalarse los siguientes:

1. el significativo retroceso productivo que se asoció a la desaparición de una infinidad de unidades productivas como resultado de la forma que adquirió la apertura de la economía en los noventa. En 1999 el PBI cayó el 3,4%, en el 2000 se redujo el 0,8%, en el 2001 la caída fue del 4,8% y las estimativas más optimistas para el presente año apuntan a una contracción del producto de dos dígitos. Además continuamos con una economía ligada al mundo a partir de una base primaria; observando por ejemplo la estructura de nuestras exportaciones, en el año 1999 más de la mitad del valor de las mismas derivaban de productos primarios o manufacturas de origen agropecuarios. Mientras tanto, las manufacturas industriales representaban un tercio del total de exportaciones, como una década atrás.³

2. las dificultades crecientes para mantener determinados patrones de consumo. Pero además combinado con cambios abruptos en los mismos: el fin de la convertibilidad se asoció con un dramático descenso en niveles de consumo que muchos asimilaban a los del primer mundo, convirtiéndose en hábitos de consumo propios de una economía en profunda depresión y equiparables a los de tiempos de guerra para una porción muy grande de la población.

3. los crecientes niveles de desigualdad en los ingresos, exclusión del mundo del trabajo, pobreza o insuficiencia de ingresos, informalización y precarización del trabajo e incertidumbre en una sociedad que poseía una imagen de integrada e igualitaria. En especial, la aparición del “hambre” como un drama social sin precedentes en el “granero del mundo” habla de la profundidad de la caída. Algunos datos significativos⁴ son los siguientes: la pobreza que abarcaba a 30% de las personas en mayo de 1998, cubría a 40% de la población en octubre del 2001 y se proyectaba a prácticamente la mitad de los argentinos en mayo del 2002; mientras el 10% más rico incrementó su participación en el ingreso del 26% al 32% entre 1992 y 2001, la participación del 50% más pobre cayó de 25% a 22% en el mismo lapso; en más de la mitad de los hogares pobres, los miembros que trabajan no poseen protección laboral.

4. el crecimiento de la violencia delincriminal y del conflicto social a los que ya aludimos anteriormente.

5. el deterioro de los servicios públicos, en especial de la educación y salud públicas y del sistema de obras sociales. Además, la crisis de un sistema previsional que a mediados de los noventa fue reformulado con la promesa de resolver los problemas del antiguo sistema de reparto estatal. Quebrado y con bajísimo número de cotizantes, el sistema actual descansa en las arcas fiscales y promete magros beneficios a un conjunto cada vez más pequeño de personas que por vejez o invalidez abandonan el mercado de trabajo. Valga tener en cuenta que en diciembre del 2001 sobre 11 millones de afiliados al Sistema Integrado de Jubilaciones y Pensiones (SIJP) solo 3,1 millones realizaban aportes regulares.⁵

Cabe aclarar, sin embargo que si bien la frustración y el resentimiento a los que hemos hecho referencia adquieren una intensidad inusitada en el presente, luego de cuatro años de estancamiento y depresión económicas, no constituyen fenómenos puramente coyunturales sino que, en diferentes grados, han sido una constante en las últimas décadas. La explicación de la permanencia de esta

³ INDEC, “Anuario estadístico de la República Argentina 2000”, Buenos Aires, 2000, p. 525.

⁴ SIEMPRO, www.siempro.gov.ar

frustración es el profundo **desfase entre aspiraciones y realizaciones** que viene experimentando una buena parte de la sociedad.

Por factores que veremos mas adelante, los niveles de consumo a los que la sociedad aspira son significativamente mas elevados que los que puede realizar. La base de este fenómeno proviene de experiencias de consumo que generaron la ilusión de adoptar como normales, consumos relativamente sofisticados posibilitados por situaciones excepcionales, generalmente espúreamente financiados y sin mayor relación con la base productiva del país.

La experiencia de la “Convertibilidad”, sin ser la única, fue probablemente la más intensa. La reaparición del crédito como fruto de la virtual eliminación de la inflación a comienzos de los noventas y la apertura de la economía, permitieron a vastos sectores de la población acceder a un consumo que eran impensables en la economía inflacionaria de los ochenta. Auxiliado por el financiamiento de un gigantesco endeudamiento externo y con los recursos provenientes de la liquidación de virtualmente la totalidad de activos del Estado, este período permitió un nivel de consumo de tal sofisticación que creó la ficción de pertenecer a un sociedad opulenta de “primer mundo”, que en verdad ninguna relación guardaba con su base productiva.

La sensación de afluencia no podía ser mayor. Los argentinos recorrían el mundo desarrollado con un poder adquisitivo comparable al de sus habitantes mientras estos encontraban muy caro visitarnos. El país se deleitaba con el consumo de una variada gama de productos importados, sin ninguna preocupación porque al mismo tiempo, centenas de fábricas cerraban por incapacidad para competir con dichos productos y la tasa de desempleo se empinaba a niveles desconocidos en varias décadas.

Base económica endeble y en progresivo debilitamiento junto a un nivel de consumo que ningún país con esa economía podía financiar, implicaban una contradicción imposible de sostener. La esperanza de que las reformas económicas “limpiaran” de productores ineficientes el mercado y permitieran el surgimiento de una robusta clase empresaria productiva, eficiente y ganando nuevos mercados cada día, no tuvo realización. Consumidas las “joyas de la abuela” y sin financiadores externos dispuestos a seguir colaborando con la “larga fiesta”, la ilusión de derrumbó.

La imagen de la Argentina en esta etapa asemeja a aquella persona de relativo buen pasar, propietaria de una buena vivienda, que un día decide vender todo lo que se encuentra en ella para disfrutar de los placeres de la vida. Además y en la presencia de financistas tan voraces como irresponsables admite endeudarse hasta el límite de no lograr que alguien más le preste. Cuando no quedan algo para vender en la casa y alguien para prestar, la crisis llega inexorablemente. El problema mayor surge cuando la persona en cuestión no acepta que su forma de vida tiene que cambiar o es más cuando no entiende porque debe dejar de vivir en la forma que lo hacía.

La experiencia de la convertibilidad si bien fue la más intensa en términos de acceso a un elevado y sofisticado consumo no es la única existente en la historia reciente del país. El período de Martínez de Hoz en la última dictadura militar tuvo ribetes muy semejantes aunque fue de corta duración en comparación con la década de la convertibilidad. También las experiencias de incremento del consumo y del bienestar en los primeros gobiernos peronistas pueden sumarse a la lista. Todas ellas se basaban en una economía donde la solidez no era la principal característica.

Otro factor influyente en los sentimientos de frustración y resentimiento es el **desfase entre credenciales y oportunidades**. La extensión del sistema educativo en general y del universitario en particular, genera una enorme cantidad de profesionales que no encuentran ubicación acorde en la estructura económica y deben refugiarse en actividades para las que están sobrecalificados.

2. Causas de la anomia: debilidad estatal y elites arbitrarias⁶

Sin duda la **debilidad del Estado** argentino es un determinante central de la anomia. El Estado argentino a partir del peronismo de posguerra y hasta la década del noventa tenía a través de un gran número de empresas públicas una fuerte presencia en la producción de bienes y la provisión de servicios. Sin embargo se fue progresivamente debilitando en cuanto a la capacidad de velar por el cumplimiento de las normas y de sancionar las violaciones a las mismas, facilitando de esta forma el comportamiento anómico. A partir del proceso de privatizaciones masivas, el Estado se contrajo significativamente pero lejos de ganar en capacidad regulatoria y judicial, se debilitó aun más. Un rol primordial en este debilitamiento fue la vehemencia del ataque ideológico neoliberal sobre el Estado que se produjo en la década pasada. El Estado se convirtió en el responsable de todos los males de la Argentina keynesiana.

Esta anemia estatal fue generada por la virtual destrucción de la profesión de servidor público, de su estatus y su mística como consecuencia de ausencia de incentivos al esfuerzo. Pero además, la denominada Reforma del Estado, que se redujo a una “poda” del mismo antes que a una transformación, permitió la emigración de funcionarios calificados a través de los denominados retiros voluntarios. Para quienes permanecían recaía la sospecha de ineptitud por no “animarse” a lanzarse al mercado. Por último, el Estado contaba en la mayoría de sus áreas con sistemas de informaciones rudimentarios, tecnología primitiva, procedimientos obsoletos. Obviamente, con estas características no estaba en condiciones de conducir, regular, fiscalizar o sancionar.

Como consecuencia de lo anterior es crónica la falta de capacidad regulatoria en todas las áreas de la esfera estatal, ya sean controlando el cumplimiento de las normas de tránsito, garantizando calidad de los alimentos o medicamentos o imponiendo controles a los prestadores privados de servicios médicos o servicios públicos en general. Por otra parte, la impunidad o debilidad del sistema judicial para sancionar la violación de las leyes es otro rasgo de este conjunto de problemas con impacto directo en la diseminación de la anomia.

Esta debilidad para, en definitiva, gobernar respondiendo a los problemas colectivos, es también la responsable de su incapacidad para atenuar la desigualdad creciente ya sea mediante un sistema tributario que opere una redistribución progresiva del ingreso o a través de un gasto público que efectivamente llegue a los sectores de menores ingresos. Por el contrario es notoria la regresividad del sistema impositivo argentino y manifiesto como los sectores de escaso poder económico y político quedan excluidos cuando se asignan los recursos fiscales.

Esta debilidad del Estado se expresa entonces en la dificultad de dar origen a políticas públicas centradas en la noción de bienestar colectivo, de regular en función de este mismo interés o de sancionar a quienes atentan contra él. Este hecho junto a los determinantes de la frustración y resentimiento analizados anteriormente constituye causa fundamental de la deslegitimación de las instituciones públicas lo que a su vez retroalimenta la propia debilidad estatal.

El fenómeno de la impunidad se relaciona a la debilidad de Estado para administrar justicia y merece una mención particular. Funcionamiento desarticulado, falta de voluntad para investigar, ausencia de equipos técnicos, lenta, burocrática, sin dinámica son algunas de las características atribuidas a la Justicia

Solo un muy pequeño porcentaje de los delitos que cuentan con intervención policial terminan en sentencias condenatorias. Por ejemplo en 1999 se registraron 115.892 delitos dolosos contra las personas; en el mismo año las sentencias condenatorias de este tipo de delito alcanzaron a 13.263.⁷ En otras palabras, sólo una pequeña fracción de este tipo de delitos son castigados. Esto contrasta notoriamente con la situación norteamericana donde en 1990 sobre más de 13 millones de delitos conocidos, el 21% fueron aclarados con arresto del imputado y este porcentaje se elevaba al 45% de los delitos violentos, 67% de los homicidios y 57% de los asaltos agravados.⁸

⁵ SAFJP, “Evolución del SIJP, 2do. semestre de 2001”, Buenos Aires, mayo de 2002.

⁶ Esta sección es una síntesis del tratamiento que realicé en el trabajo ya citado: “Anomia social y anemia estatal”.

Por otra parte, abundan los casos relativos a “famosos” donde la Justicia revelaba su incapacidad de aplicar la ley. Un expediente común era que jueces y fiscales federales que investigaban estas causas fueran promovidos. De esta manera, debía esperarse que nuevos jueces fueran asignados y estudiaran centenas de páginas para recién continuar el proceso. Esto permitía alcanzar el tiempo de prescripción de la causa e implicaba una fórmula legal de burlar la ley.

Además de las dificultades para encontrar culpables cuando el delito es cometido por quien tiene alguna cuota de poder, otros mecanismos son utilizados para garantizar impunidad. La oralidad en los juicios fue introducida para, entre otros fines, disminuir la duración de los juicios, pero tal como se la ha implementado, brinda posibilidades a la impunidad ya que tanto en los juzgados correccionales como criminales los jueces dan prioridad a aquellas causas que involucran personas en prisión. De esta manera, muchos abogados defensores en causas sin presos optaron por la oralidad simplemente especulando con obtener la prescripción de la misma.

Sobre las condiciones de infraestructura y recursos humanos de la justicia es difícil juzgar su grado de aceptabilidad. Es necesario investigar con cierta profundidad la racionalidad en el aprovechamiento del espacio disponible, los niveles de modernización (informatización) de la labor judicial, el número y calificación de los recursos humanos del sector, el tiempo real de trabajo y los niveles de remuneración de los mismos. Seguramente se encontrará que existe falta de medios, pero también aparecerán los problemas de ineficiencia de prácticas y utilización de recursos.

A modo de ilustración puede decirse que un estudio de FIEL⁹ sobre la justicia argentina, que la comparaba en su estructura y funcionamiento con la justicia española y norteamericana, llegaba a las siguientes conclusiones: El grado de litigiosidad de la Argentina medido por el indicador causas nuevas por 100.000 habitantes es un tercio del que existe en los Estados Unidos y la mitad del sistema español. El número de causas de primera instancia por juez es aproximadamente 50% superior en los dos países en relación a la Argentina. La cantidad de empleados de apoyo por juez excede en más del 50% a la misma relación en los otros países.

Otro factor responsable de la anomia es la **arbitrariedad** con la que **las clases dirigentes** han creado y utilizado la ley para su propio provecho o no han vacilado en despreciarla abiertamente, esto es violarla, cuando ha sido un obstáculo a sus intereses, sin ningún pudor u ocultamiento, y resultando esta violación en falta de sanción o impunidad. Las elites argentinas no han tenido mayores escrúpulos para mostrar abiertamente de qué manera sus intereses particulares están alimentando la sanción de normas legales.

Quizás el proceso de la reforma constitucional de 1994 sea un ejemplo más que evidente de que un proceso de reforma de las reglas de juego básicas de la sociedad fue llevado a cabo para satisfacer en primerísimo lugar el deseo reeleccionario del entonces presidente de la República. Pero la fiebre reeleccionaria no se redujo a la máxima autoridad política; también un conjunto de gobernadores que, querían pero no podían ser reelegidos por disposición de las constituciones provinciales, llevaron a cabo todo tipo de presión para que la reforma constitucional nacional, que no puede alterar las constituciones provinciales, les concediera la oportunidad de reelección.

La adopción desde el poder de políticas que rompen contratos establecidos sin duda refuerza la ilegitimidad del Estado y sus dirigentes. El Plan Bonex de comienzos de los noventa y el actual “corralito financiero” son elementos centrales, pero no los únicos, que agudizan la crisis de representación y de legitimidad política.

Entre personajes de alta visibilidad social que violan las leyes y los que pretenden que se sancionen otras que atiendan sus intereses particulares, y todo ello en un contexto de despreocupación por lo que la ciudadanía pueda pensar sobre ello, se ha posibilitado generar la imagen de que el respeto a la ley no es un valor social demasiado apreciado por sus dirigentes.

Revisando nuestra historia, la vocación por respetar las reglas básicas no fue demasiado pronunciada. Ello será evidente durante el siglo pasado, ya que visiblemente la elites dieron pruebas de su desprecio por la reglas de juego instituidas: el fraude electoral sistemático, el golpe de estado de 1930, la constitución de 1949, los golpes militares de 1955, 1966 y 1976, las características del

⁹ INDEC, *op. cit.*, p. 251.

terrorismo de Estado, etcétera son sólo las formas más extremas de violación de las reglas de convivencia de una sociedad. No sería difícil citar centenas de otros tipos de transgresiones cometidas por quienes poseen poder económico, político o social.

La recurrencia sistemática a las moratorias impositivas y previsionales con el objetivo de resolver problemas financieros de coyuntura o utilizar indultos o amnistías para quienes fueron castigados por la justicia es una de las formas a través de las cuales las elites diseminan el poco valor que posee cumplir las normas, o en todo caso lo poco problemático que es violarlas.

El fenómeno trasgresor de las elites arriba expuesto ha sido algo relativamente común en toda América Latina. La existencia de elites transgresoras no es un patrimonio nacional, pero existe un fenómeno bastante particular que afectó a la sociedad argentina y que combinado con la existencia de elites transgresoras generó procesos que potenciaron el fenómeno de la anomia.

El fenómeno peronista fue el más significativo para explicar la difusión de la anomia. Efectivamente, Perón significó la valorización social de los sectores socialmente subordinados cuestionando fuertemente, en el discurso, a las clases dirigentes argentinas. En última instancia, impulsó un extraordinario **proceso democratizador** a nivel social y cultural. En la sociedad argentina no había ya lugar para el clasismo y la discriminación por el origen social típico de otras sociedades latinoamericanas: un “cabecita negra” era tan respetable como cualquier habitante de la Recoleta. Aun cuando la democratización no se tradujo en el fomento de la organización y la participación social, sino más bien en la protección e intermediación estatal junto a la desmovilización social, de cualquier manera, se habían echado las bases para contestar la legitimidad de la legalidad dominante.

Pero este cuestionamiento, al no contar con un proyecto alternativo superador, no pudo generar una nueva hegemonía. Se destruyó la hegemonía pero no se reconstruyó otra. Como consecuencia, la contestación se dio en el terreno del ojo por ojo, diente por diente. No a través de la refundación de una nueva moral sino mediante la utilización de las mismas armas de los poderosos. Arbitrariedad contra arbitrariedad, violación contra violación. A un despido arbitrario, el sabotaje, etcétera.

La arbitrariedad potenciada a partir del peronismo creó las bases para la generalización de la anomia. Cada violación descansaba en el desconocimiento de la validez de la norma violada. Muchas veces la violación era la forma de venganza encontrada para reparar una afrenta. El escenario se volvió cada vez más hobbesiano: transgredir la norma era la norma; se perdió el asombro frente al delito y este se confundió con la “justa razón”.

De este modo, la ley aparece interpretada como expresión compulsiva de voluntades ajenas y hostiles a la propia; así se allana el camino para que el delito no sea reconocido como tal e incluso sea justificado o rotulado como “avivada”. La desvalorización de la norma acaba sirviendo de fundamento para una especie de “todo vale” en la conducta social: desde la presión hasta el soborno y la violencia física. En este juego gana el más fuerte.

TERCER NIVEL: DETERMINANTES EN ÚLTIMA INSTANCIA

1. Síndrome de la abundancia

La decadencia que experimenta la Argentina y el desfase entre aspiraciones y logros analizados anteriormente están íntimamente relacionados y determinados por lo que denomino **síndrome de la abundancia** y que será desarrollado a continuación.

El retroceso productivo es indudablemente un elemento central de la decadencia argentina, explicado en un alto porcentaje por la irracionalidad de la apertura económica aplicada en los últimos años, en un contexto de rigidez cambiaria, que destruyó no solo una infinidad de unidades productivas sino también las capacidades empresariales que se le asocian. Pero la explicación de la debilidad y simplicidad del aparato productivo argentino va más allá de la trágica coyuntura señalada. De hecho, la economía argentina ya presentaba una fuerte tendencia al estancamiento o debilidad para generar crecimiento. Esta situación reconoce a nuestro juicio, elementos más estructurales:

El síndrome de la abundancia experimentado por esta sociedad y que surge entre otros factores, de profundas experiencias distributivas, generó la noción generalizada de que vivimos en un país extraordinariamente rico que nadie “puede fundir”. La sensación de afluencia vividos en los primeros años de la convertibilidad es un claro ejemplo como también lo fue la etapa de “dólar barato” en la segunda mitad de los setentas generando pautas de consumo sofisticados.

Un conjunto de factores también contribuyeron a fortalecer la imagen de una Argentina “mal situada” en el Planisferio: lo temprano de la educación masiva y del proceso de sustitución de importaciones, el desarrollo de importantes universidades, los premios Nobel, el consumo de los sectores populares a partir de Perón y hasta los 70, el desarrollo del sindicalismo, etc., son hechos que ayudaron a forjar la imagen colectiva de un país “casi europeo” y con muy poco que ver con América Latina. Un país de gente educada y crecientes niveles de bienestar. Un país fabricante de aviones y automóviles de diseño nacional y de un misil intercontinental. En definitiva habitábamos una “Argentina Potencia”. Eso sí, un poco inestable en lo político, con continuas alteraciones del orden constitucional, pero en verdad éste era solo un detalle que no afectaba la “condena al éxito” de la nación.

Las experiencias redistributivas comenzadas en la etapa peronista generaron un patrón de creciente consumo entre los sectores trabajadores. Acompañados por una poderosa estructura sindical, el trabajador obtuvo una alta protección; no era fácil para el patrón despedirlo y accedía a un conjunto de beneficios laborales. Contaría con seguros para cubrir sus necesidades de atención a la salud, tendría una jubilación luego de su retiro que sustituía su nivel salarial en la vida activa y había tenido acceso a una vivienda propia a través de un financiamiento a largo plazo que en algunos períodos de alta inflación y ausencia de mecanismos indexatorios, implicó simplemente la licuación de la deuda hipotecaria.

En relación a los sectores altos y medios, los procesos inflacionarios recurrentes de la segunda mitad del siglo XX hicieron que desarrollaran una temprana habilidad: **la especulación** y que esta ganara un enorme terreno. ¿Para qué esforzarse? Procurar vivir bien por cualquier medio se tornó comportamiento generalizado y la inclinación hacia la especulación financiera sobre la actitud productiva condujo a una población con alto grado de comprensión de las opciones financieras y poco desarrollo de capacidades empresariales. Cuando ello se combinó con una apertura económica que dificultaba la producción, no se titubeó en consumir vorazmente lo importado aunque fuera financiado con endeudamiento o venta de activos públicos e implicara la desaparición de buena parte del aparato productivo.

La inclinación especulativa, la noción de riqueza que se alcanza con solo extender la mano y la intensidad de las experiencias redistributivas fue forjando una **débil ética del trabajo y del esfuerzo**. Con poco esfuerzo se podía vivir bien. La década del noventa fue paradigmática en este sentido al consagrar una cultura hedonista del consumo sin límite para cuya consecución no había barreras legales o morales. La cultura “light” del “¿para qué esforzarse?” llegó a su apogeo. En el paraíso de los “avivados” estos se convirtieron en símbolo de éxito social

Un capítulo especial de este proceso lo constituye la venta de empresas nacionales al capital extranjero ocurrido durante los noventa. Vender la empresa a un buen precio en dólares y “trabajar” financieramente su producido expresó la realidad de una cantidad importante de empresarios nacionales. La extranjerización de una parte importante del aparato productivo expresó la debilidad y la ausencia de proyecto del empresariado nacional.

En relación a lo anterior, existe un convencimiento de que instaladas condiciones macroeconómicas adecuadas, los empresarios argentinos se volcarán masivamente al esfuerzo de inversión. Pero hay que arrojar dudas sobre si la cantidad de empresarios que han sobrevivido guardan alguna relación con la población del país. No sería extraño encontrarlos, frente a los desafíos de promover el crecimiento de una economía capitalista como la nuestra, que no existen empresarios suficientes.

2. Fragmentación social

La debilidad del Estado mostrada por la sociedad argentina y el impacto que ello tiene sobre la conducta anómica, no responde a otra razón que a la existencia de una **sociedad extraordinariamente fragmentada, incapaz de generar asociación y cooperación**, tanto en el terreno macro de los acuerdos necesarios para impulsar procesos que gocen de estabilidad y contemplen los intereses colectivos como en el terreno micro de la vida cotidiana.

Una precisión conceptual es necesaria: las instituciones gubernamentales del Estado siempre son una instancia donde pugnan las diversas fuerzas de la sociedad civil para imponer o defender sus intereses. En otras palabras, **siempre** las organizaciones de gobierno del Estado son una instancia donde se desarrolla la acción, la lucha de las diversas organizaciones sociales, sean ellas de la sociedad civil o del Estado mismo. Por lo tanto, hablar de **debilidad del Estado para orientarse hacia el bienestar colectivo no es otra cosa que hablar de la debilidad de las fuerzas sociales que en su interior luchan por ir en esa dirección.**

Corporaciones intentando apropiarse de su espacio para implementar sus propios intereses con despreocupación del interés de los demás representa mejor la realidad del Estado argentino. El rasgo central de la estructura sociopolítica argentina es la pluralidad de actores incapaces de agregar sus intereses. Al mismo tiempo desarrollan en el escenario social una intensa lucha, pero el intento de cualquiera de ellos para imponer sus intereses de forma duradera a través del aparato estatal termina generando fuertes resistencias por parte de los otros, que tornan inviable su consecución. La victoria parece estar frecuentemente del lado de las coaliciones opositoras a cualquier intento de una fuerza social determinada de modelar el aparato estatal a su interés. La sociedad contiene así un conjunto de fuerzas cuya mejor habilidad es vetar e inhibir iniciativas ajenas.

Este fenómeno que afecta al país por lo menos en los últimos 70 años, se expresa en una **crisis recurrente de gobernabilidad** y por ende en **inestabilidad institucional**. En la ausencia de procesos de articulación, vale fundamentalmente el poder de cada grupo social y así predomina una situación hobbesiana de guerra de todos contra todos entablada dentro y fuera del Estado, donde el más fuerte tiene más posibilidades de imponerse

La vigencia de una **cultura de la microsolidaridad**, determinada por el entorno inmediato y la **debilidad del concepto de nación** como ideario colectivo son factores concomitantes al hecho de una sociedad fragmentaria. El sentido de pertenencia a un colectivo es extremadamente débil.

En el país muchas prácticas están inspiradas en códigos que no responden a la universalidad que pretenden las normas jurídicas sino que se encuentran basadas en relaciones clientelísticas, de amistad o familiares. Esto es, predomina la convicción de que estas formas de micro-solidaridad poseen un valor máximo y se desprecian las normas de contenido universalista. Más allá de las relaciones primarias, reinan la desconfianza y el conflicto inigualablemente expresados por la poesía discepoliana.

Esto es evidente en el campo de la política social, donde ha sido imposible estructurar un sistema de beneficios sociales inspirados en el concepto de ciudadanía. Solo el sistema de educación

pública y los orígenes del sistema de salud pública han tenido que ver con este enfoque. Un par de razones explican aquella situación:

En primer lugar la fuerza ideológica de la visión corporativa mejor expresada en el sistema de la seguridad social. La idea de quien no contribuye o pertenece al mercado de trabajo formal no tiene derecho a una pensión, a la atención médica de las obras sociales o asignaciones familiares está fuertemente establecida, mas allá de la realidad que la seguridad social ya no se basa principalmente en contribuciones de sus beneficiarios sino en el sistema impositivo general por un lado y que menos de la mitad de los trabajadores están en el sector formal de la economía, por el otro.

En segundo lugar, la tradición clientelista de la política social, intensificada en los últimos años, se contradice con esquemas universales de acceso que no generan dependencia hacia el que entrega un bien social. Mas allá de la creciente ilegitimidad de las prácticas políticas y de la dudosa cuota de apoyo que la política social pueda generar, la distribución discrecional de recursos sigue alta en el ranking de las preferencias entre la clase política. El asistencialismo no perdió nunca vigencia en la medida que implica estructuración en base a la discrecionalidad y no a derechos. En otras palabras, Buena parte de la dirigencia política no entiende otra forma de relación con sus bases electorales que a través de la entrega discrecional de recursos con los que, se supone, captan apoyo y legitimidad políticas.

Pero esto no es responsabilidad solo de los políticos; las políticas de cuño universal, tampoco parecen tener apoyo en otros sectores de la sociedad: empresarios, sindicalistas, religiosos, etc., fuertemente inclinados hacia las acciones puntuales y extraordinariamente limitadas de la beneficencia, muchas veces lacrimógenamente exaltadas por medios de comunicación. Ello ayuda a explicar la dificultad de llevar a cabo programas de ingreso social generalizados y no discrecionales que brinden recursos y oportunidades de inserción social al amplio sector de excluidos.

En los días posteriores a la devaluación del 2002 el comportamiento fragmentario de la sociedad ha sido evidente y ha llegado a lo que puede considerarse un extremo. El centro de algunas ciudades era escenario para la protesta de diversos grupos con reclamos contradictorios. Por ejemplo, ahorristas reclamando la devolución de sus depósitos en dólares al valor de mercado mientras otros pedían la pesificación de sus deudas a 1 peso por dólar. La ausencia de enfoques orientados a repartir las cargas era evidente.

También el fenómeno de la guerra de las Malvinas fue paradigmático en cuanto a dificultad de cooperar de los argentinos. El aparato militar, supuestamente una de las organizaciones sólidas del país, se comportó con tal nivel de improvisación y descoordinación entre sus diversos componentes que expuso con crudeza el nivel de desorganización que nos afecta.

No es extraño entonces que los mismos partidos políticos que deberían jugar un papel más general de articulación de intereses aparezcan frecuentemente contagiados por el espíritu faccioso que caracteriza a la sociedad civil. Un examen particular merece ser realizado para el caso de los partidos mayoritarios argentinos que han visto incrementar las críticas a sus prácticas, se erosionaron como organizaciones y perdieron dimensión nacional.

Buena parte de la explicación radica en que las prácticas partidarias tuvieron poco que ver con propuestas y acciones relacionadas a los problemas centrales de la gente: ni con el desempleo, la inseguridad o el abuso de las empresas privatizadas de servicios públicos o bancos, entre otros. Como consecuencia se debilitó la representación y legitimidad partidaria, aislando cada vez más al partido de la gente. Tampoco tuvieron importancia las labores de información, formación y debate con la ciudadanía y con las organizaciones de la sociedad civil. La actividades destinadas al posicionamiento interno y a la competencia electoral periódica consumió la casi totalidad de los esfuerzos. No supieron los partidos entrar en contacto con las organizaciones autónomas de la sociedad civil y abundaron los intentos de cooptación a través del financiamiento a sus actividades. La relación con los sectores populares estuvo orientada por prácticas clientelares, justificadoras del aparato político y destinadas al control y manipulación antes que a la mayor promoción y organización de los mismos. Por último, la actividad política comenzó a quedar fuertemente relegada a la esfera de la creación de imagen y del "marketing". Candidatos debían ser "vendidos" a un consumidor mas proclive a ser seducido por imágenes que a exponerse a propuestas y debate.

La ausencia de formación de cuadros y preparación de equipos de gobierno fue el resultante de partidos que querían llegar al gobierno pero estaban despreparados para conducirlo. Tanto el justicialismo de Menem como la Alianza de de la Rúa tuvieron que recurrir a funcionarios ajenos a sus estructuras partidarias. En realidad este era un detalle insignificante. El lema parecía ser: lo importante es llegar, después se alquilan los equipos de gobierno. Y quienes tenían generalmente técnicos en alquiler era la derecha política y no los partidos denominados populares.

En cuanto a los aspectos organizacionales, los partidos se fueron empobreciendo al transformarse en instituciones compuestas de personas cuya relación con la práctica política estaba básicamente atravesada por el financiamiento de su militancia. Se fue perdiendo así el ideario que es el elemento central que convoca a la acción colectiva a sectores sociales diversos y se transformaron en una suerte de agencia de empleo. La lógica de acción llevó a que la competencia interna adquiriera una primacía patológica y la pérdida de solidaridad ocasionando por esto, atentó contra la eficacia que toda maquinaria política debe poseer. Una vida partidaria “hacia adentro” necesariamente producía más adversarios dentro del propio partido que las competencias electorales generales, reducidas a puntos periódicos en el tiempo. Una imagen no exagerada podría mostrar a los partidos políticos como conjunto de “bandas” y por debajo de los líderes funcionando un escenario hobbesiano: todos contra todos.

En consecuencia, los partidos enfatizaron al extremo el rol de maquinarias electorales, sin debate interno ni formación de sus cuadros. La competencia por los cargos públicos desvirtuó el interés por el desarrollo partidario. La lucha era por las candidaturas públicas y no por los devaluados cargos partidarios.

Por último, en relación a la dimensión nacional, tanto el radicalismo como el justicialismo se transformaron en una suerte de coalición de partidos provinciales. De esta manera desapareció la posibilidad de estructurar una fuerza coherente de dimensión nacional con un proyecto de dimensión nacional; todo quedó relegado a las alianzas circunstanciales de los dirigentes provinciales. La debilidad de las instancias partidarias nacionales se fue tornando evidente, sin producción de propuestas o de apoyo a los niveles partidarios provinciales. Pero fundamentalmente, prevalecía la incapacidad de las autoridades nacionales para mover con coherencia al partido en una determinada dirección.

En síntesis, la sociedad argentina ha sabido desarrollar un conjunto de organizaciones que expresan intereses sectoriales y que cuentan con un poder organizacional no despreciable. Pero frente a ellas no han podido emerger sistemas de alianzas relativamente estables o fuerzas sociales y políticas que agreguen intereses al punto de asegurar la viabilidad de un proyecto sea este del signo que fuere. Una sociedad entonces inmovilizada por su particular sistema de estructuración de intereses.

La incapacidad de las fuerzas sociales para llevar adelante un proyecto hegemónico en el sentido gramsciano de que los intereses de un sector social sean presentados como los intereses de la sociedad global y aceptados por los demás sectores sociales como intereses propios es acompañado en la Argentina, por la incapacidad de imponer mediante la fuerza una dominación social. En este sentido es aleccionador ver la recurrencia de experiencias dictatoriales fracasadas en contraposición con la dominación y los profundos cambios que las dictaduras lograron en Chile y Brasil. En otras palabras, ni por hegemonía ni por fuerza ha sido posible en la Argentina dar viabilidad política en el mediano y largo plazo a un proyecto sociopolítico determinado.

La fragmentación social también posee una base territorial. Nos referimos a la cuestión del federalismo argentino. Mientras mas se debilita el gobierno central más aparece con claridad el síndrome de “confederación” que adquiere el país, donde los gobiernos provinciales actúan con alto grado de autonomía, vetando o no cumpliendo normas o convenios formalizados con el nivel nacional. Inclusive, reaparecen potestades que las provincias había delegado al gobierno nacional en el siglo XIX como la emisión de moneda a través de la generalización de la emisión de títulos públicos provinciales. Falta solo descentralizar las fuerzas armadas y las relaciones exteriores para concluir el proceso de disgregación nacional.

Cuando esta fragmentación se combina, como es nuestro caso, con pautas de consumo sofisticadas de las capas altas y medias aunque la estructura económica no lo permita, se produce un

fenómeno de intensificación de la **pugna distributiva y de la confrontación social** que agudiza aun más la desigualdad social. La intensidad de los procesos inflacionarios argentinos no es en esencia otra cosa que la expresión de la ferocidad con la que quienes pueden formar precios lo hacen en detrimento de los sectores de ingresos fijos.

La presencia de una **cultura fuertemente individualista** y la **ausencia de una cultura de lo público** son rasgos vinculados a lo anterior; cuando lo público no es lo común sino lo ajeno, no lo propio sino lo de otros, se logra explicar mejor la contaminación del aire y del agua, la suciedad generalizada en calles y parques, el deterioro de escuelas y hospitales públicos o la relajada administración en el pasado de las empresas públicas, entre otros ataques al patrimonio común. Los juicios contra el Estado, generalmente perdidos por éste, son otro reflejo de la debilidad de lo público. Ya sea la venalidad de los demandantes y sus abogados como de los jueces, esto ha significado enormes gastos al fisco.

Hasta ahora nos habíamos referido exclusivamente a las violaciones de normas legales, pero también es posible encontrar otro tipo de transgresiones que podríamos definir como violaciones a reglas de convivencia civilizada. Más precisamente me refiero a que muchas costumbres están al margen u opuestas a determinados patrones de comportamiento a los que se atribuye el carácter de ético o civilizado: **incivilidad** en definitiva

Casos ilustrativos son arrojar basura a la vía pública o permitir que animales domésticos ensucien las calles de la ciudad. También, tocar agresivamente la bocina del automóvil sobre peatones u otros automovilistas o no permitir el descenso de pasajeros de transportes colectivos por la premura para ascender a ellos, o tener total desaprensión por la higiene de baños públicos. No se trata, en este caso, de un problema de “falta de educación”, es decir un fenómeno asociado con bajos niveles de escolaridad, ya que esto también sucede, y quizás con más frecuencia, en las zonas habitadas por personas de alta calificación educativa. El **individualismo extremo** es la explicación de la existencia de costumbres que pueden ser calificadas de incivilizadas.

En tiempos recientes hemos tenido algunos ejemplos elocuentes de incivilidad que han sido visualmente registradas. Me refiero a las imágenes de saqueos en el conurbano bonaerense donde grupos de pobres saqueaban comercios de otros un poco menos pobres y no necesariamente para llevarse comida; otros productos, como electrodomésticos, también salían por la puerta de los comercios. Ello revelaba la ausencia de lazos sociales básicos al interior de este grupo social. El segundo ejemplo, tiene que ver con el sacrificio de reses a la vista del público en la ciudad de Rosario. No hay imágenes recientes que puedan ser recordadas en América Latina, quizás en África, de un comportamiento de tal nivel de salvajismo, faenando animales sobre tierra y pastando y arrastrando los despojos.

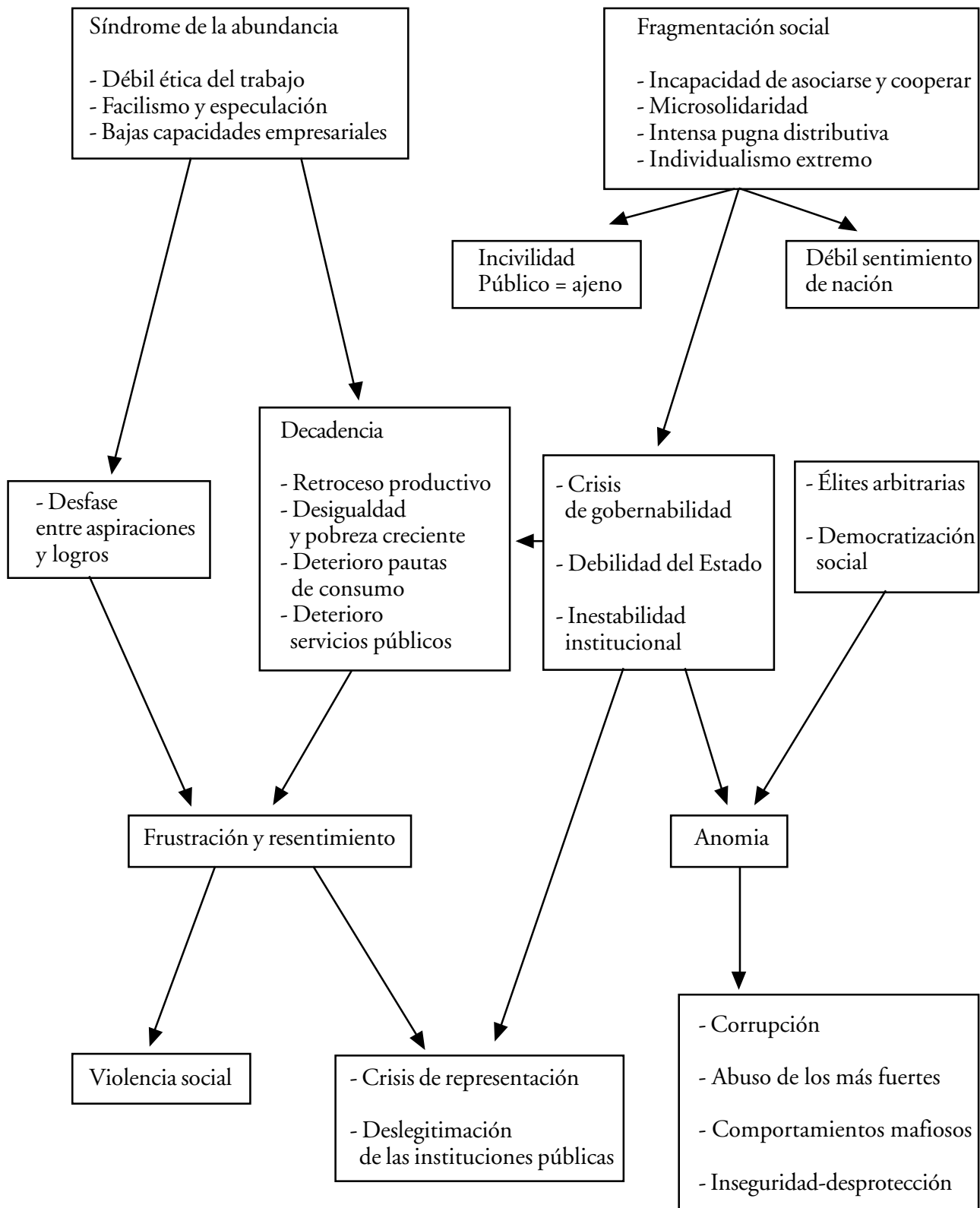
Síntesis

En las páginas precedentes he analizado algunos problemas que afectan a la sociedad argentina intentando establecer las relaciones que los vinculan. Sin duda, no son ni los únicos problemas que dicha sociedad posee ni los únicos importantes, pero afirmo que poseen la centralidad suficiente para tener mayor presencia de la que tienen en el debate público. Asimismo las relaciones de determinación establecidas seguramente ignoran otros elementos que influyen o son influidos por los problemas aquí presentados pero creo constituyen un intento ordenador coherente de la problemática general.

Muchas de las afirmaciones aquí contenidas son sostenidas por esfuerzos de investigación. Otras no poseen ese carácter y por lo tanto pertenecen al mundo del ensayo. Por esta razón, varias secciones del presente trabajo pueden ser consideradas bases para líneas de investigación que deben ser llevadas a la práctica para reforzar, modificar o eliminar su contenido.

A continuación se podrá encontrar un gráfico que sintetiza la discusión hasta aquí planteada y que antecede a la sección donde me interesa plantear algunos tópicos relativos a como enfrentar la problemática tratada.

Esquema de determinaciones en la problemática argentina



¿Qué hacer?

Si el complejo de problemas analizados están poco tematizados y debatidos en nuestro país, es lógico que la carencia de propuestas para superarlos sea muy significativa. En definitiva nadie busca soluciones a problemas que no son percibidos como tales. La producción de dichas respuestas requiere un esfuerzo verdaderamente titánico y no estaría en su sano juicio quien afirme que dichas respuestas están disponibles. En esta sección deseo sugerir algunos cursos de acción con la esperanza de realizar un aporte, en aspectos parciales de la problemática. Sin embargo, las determinaciones sugeridas en este trabajo entre los diversos niveles de problemas, constituyen pistas para la definición de cuales son los temas prioritarios a encarar.

En mi análisis, la **fragmentación social** tiene un poder determinante fundamental de la situación argentina ya que constituye la base de la crisis de gobernabilidad y debilidad del estado y que a su vez dan lugar a la situación de anomia generalizada. Pero también influye, vía la debilidad estatal, sobre algunos aspectos de la situación de decadencia tales como la desigualdad distributiva, el deterioro de los servicios públicos y el retroceso productivo.

El que denomino **síndrome de la abundancia** aparece en el diagnóstico también como determinante fundamental de la situación de decadencia por un lado y del desfase entre logros y aspiraciones, por el otro. Y ambos, a su vez, son los desencadenantes de frustración, crisis de representación, deslegitimación de las instituciones públicas y violencia social.

En conclusión una estrategia de cambio social que no incida sobre estos dos aspectos cruciales de la problemática argentina tiene bajísima probabilidad de resolver los demás problemas por ellos determinados. Para decirlo expresivamente: la crisis de representación no se resuelve con medidas puntuales como la eliminación de las listas sábanas o con internas abiertas en los partidos, por más que sean reformas necesarias de introducir. Tampoco la inseguridad y violencia se erradican con mayor gasto en las fuerzas de seguridad o la debilidad estatal solo con mejoras en los sueldos de los funcionarios públicos. Por esta razón, las páginas siguientes están dedicadas a reflexionar sobre como enfrentar la problemática de la fragmentación social y el síndrome de la abundancia, nodos del resto de conjuntos problemáticos.

Hay que tener en cuenta sin embargo, que resolver estos núcleos centrales de la problemática nacional no implica la automática desaparición de aquellos problemas que reciben el impacto de su influencia. Más allá de la centralidad que otorgamos a los problemas que trataremos a continuación, es necesario trabajar también sobre aquellos más superficiales. En otras palabras, es necesario entre otras acciones, diseñar y llevar a cabo una remodelación del Estado para que sea un instrumento efectivo de gobierno y de regulación, es preciso plasmar una organización judicial que cierre las puertas a la impunidad y revierta la anomia, es preciso una estrategia de crecimiento y otra de redistribución del ingreso que permitan generar riqueza y aumentar el bienestar de los sectores de menores recursos, es prioritaria la eliminación del comportamiento arbitrario de los sectores dirigentes dada su importancia en la generación de conducta anómica y debe llevarse a la práctica una reforma política que ayude a aumentar la representatividad de los dirigentes políticos.

Cualquier avance en ellas es, no obstante, difícil de imaginar si primero no se han constituido fuerzas sociales nacionales de poder significativo, por un lado, y producidos algunos cambios culturales claves, por el otro.

I. Para enfrentar la fragmentación social

En contraposición a quienes critican a la política para limitarla y en consonancia con quienes desean renovarla, la fragmentación social solo puede ser superada con más y mejor política y ello requiere en primer lugar la creación o potenciación de fuerzas sociales que adopten como norte de su accionar la resolución de nuestros principales problemas. Esta es sin lugar a duda una tarea de naturaleza eminentemente política que implica **poner en existencia organizaciones políticas** y

sociales con proyectos de bienestar colectivo y con poder para implementarlos. En segundo lugar se trata de que ellas **cooperen en el logro de dicha meta.**

En otras palabras, la fragmentación no se supera únicamente a través de la creación de una sola gran organización que lleve adelante un programa para resolver los nudos problemáticos sino también haciendo converger fuerzas con este mismo objetivo. La fragmentación no tiene que ver con pluralidad de actores sino con ausencia de metas comunes que oriente su accionar. La experiencia de gobierno de la Alianza es una expresión clara de la dificultad de agregación que poseen las fuerzas políticas y sociales argentinas. Por ello la **reversión de la incapacidad para asociarse, articular y cooperar** es tan importante como el surgimiento mismo de dichas fuerzas.

El poderío de una organización política depende de cinco factores:

- a. La fuerza de las convicciones de sus cuadros y dirigentes.
- b. La solidez de la organización que posee
- c. El nivel de recursos materiales de los que dispone
- d. La extensión de los apoyos y la legitimidad que encuentra en la sociedad.
- e. La estrategia de alianzas con las que opera; esto es, la definición del conjunto de actores sociales (nacionales e internacionales) con los cuales coaligarse para alcanzar el ideario previamente definido.

Existen fuerzas políticas que están bien posicionadas en algunos de estos factores pero no en otros. Por ejemplo, los “partidos de empresarios” suelen ser fuertes en el punto c. Pero débiles en los otros. El partido será más potente en la medida que demuestre fortaleza en la mayor cantidad de dichos factores.

Sin duda estructurar fuerzas políticas poderosas exige un gran esfuerzo y representa un cambio importante en el accionar propio de “bandas” que ha demostrado tener la política argentina. Una rediscusión de la organización política debe centrarse en tres ejes:

1. En primer lugar sobre los objetivos de una organización política, esto es el ideario o conjunto de valores que atraen a una práctica y otorgan identidad a la fuerza. Es solo sobre el **ideario** que puede nuclearse a una militancia comprometida con las transformaciones necesarias.

2. En segundo lugar, es clave responder a la pregunta sobre que es hacer política en la coyuntura, esto es, cuales son **las prácticas** que deben llevar a cabo las organizaciones políticas que aspiren a eficacia política y legitimidad frente a sus bases sociales. La práctica puede ser definida como la necesidad de establecer el cómo la organización aspira a lograr el ideario o en otros términos, las tecnologías centrales y de apoyo que la organización utilizará para conseguir sus objetivos.

3. Por último está la discusión sobre que tipo de **organización política** es el instrumento mas eficaz para obtener los objetivos de la organización.

Intentaré avanzar en estos tres temas:

El Ideario: Este componente es el que otorga identidad a una fuerza política y refiere en primer lugar a los grandes valores que inspiran la acción política y social: por ejemplo, paz, justicia, libertad o igualdad. La combinación del énfasis asignado a estos valores otorgan sin duda una primera identidad: la primacía otorgada a la defensa de la libertad es propia de partidos liberales, como el énfasis en la igualdad lo es de la tradición socialista y de las izquierdas. Por otra parte, la insistencia en conciliar ambos valores mas allá de las tensiones que ello supone, ha sido el centro de la tradición socialdemócrata. De esta manera, la ubicación de los partidos en cuanto al orden de prioridad que asignan a los diversos valores fundamentales definen los ejes gruesos de la identidad partidaria y de los sectores sociales que pretende representar.

Pero hay un segundo nivel de ideario, que es aquel que se vincula con el tiempo histórico en el que el partido despliega su actividad. Por ejemplo, en una sociedad como la nuestra signada por el desempleo, la corrupción, la injusticia, la inseguridad y violencia, entre otros problemas centrales, el ideario de las fuerzas políticas que pretendan superarlos parte de transformarlos en objetivos de trabajo y objetos de propuestas, esto es en un programa. O sea que la fuerza política tiene que explícitamente plantear como pretende superar los problemas considerados como prioritarios.

La identificación de los problemas y las propuestas y acciones sobre estos ejes son, junto a los valores, los que convocan y movilizan a las personas que se convertirán en los cuadros partidarios, constituyendo el nexo que permite al partido vincularse con la sociedad. Por ello un partido que no posea este ideario de “nivel medio” o un programa vinculado a los problemas centrales, no tiene prácticamente hoy nada que decirle a una sociedad que ya no acepta solo valores generales como propuesta de las organizaciones políticas.

¿Cuáles son los problemas de nuestra sociedad a los que debe hoy responder el programa de una fuerza política que pretenda centrar su acción en el logro de bienestar colectivo y que deben ser materia del trabajo fundamental de dirigentes y militantes? Creo deben ser prioritariamente los siguientes:

1. desempleo y exclusión
2. desarrollo de capacidades productivas y crecimiento económico
3. inseguridad y violencia ciudadana
4. control de los servicios públicos y defensa de los derechos del consumidor
5. impunidad e ineficiencia judicial
6. esfuerzo, responsabilidad y austeridad como valores a incorporar.
7. solidaridad y civilidad frente al individualismo anómico.

Las Prácticas: Frente a partidos que en general poseen una pobrísima vida interna reducida a disputar candidaturas para los espacios públicos y sostener contiendas electorales generales, las fuerzas políticas necesarias deben estructurar acciones que inviten a la sociedad a sumar sus energías en la difusión de sus valores y en la implementación de su programa.

Para ello, debe plantear prácticas de tipo territorial que promuevan la movilización de capacidades ciudadanas. El debate con las organizaciones de la sociedad civil; la programación de actividades conjuntas, las acciones de proveer información y formación a los ciudadanos, la movilización para presentar exigencias son tareas cotidianas que la fuerza política debe encarar para construir la base de apoyo o el poder político necesario para realizar las transformaciones contenidas en el ideario y en el programa.

Las prácticas no deben ser solo de base territorial. El partido debe construir también poder funcional y para ello debe poseer instancias que lo vinculen y le permitan la interlocución con organizaciones empresarias, sindicales, educativas, comunicacionales, etc. Finalmente, el partido debe estar preparado para gobernar con solvencia y eficacia. Por ende el desarrollo de propuestas de gobierno y la formación de equipos para cada nivel del sector público, es una labor central.

Las Formas Organizativas: Un grupo de militantes rentados bajo la conducción de líderes provinciales es sin duda una simplificación pero que no deja de rescatar la esencia de lo que constituyen hoy los partidos. La realización de internas para cargos públicos electivos como actividad principal, coloca a los miembros dirigentes de un partido en situación hobbesiana al convertirse en la razón primera de la acción política y afectar la necesaria solidaridad que requiere la acción colectiva. Las reuniones del comité o la unidad básica no atraen a la ciudadanía y de esta forma el partido se convierte en una estructura con cada vez menor representatividad. Por último, los afiliados aparecen como figuras a las que solo se recurre en el acto electoral interno pero de compromiso decreciente con el partido.

De esta forma es necesario realizar una profunda reforma en el aparato sujeto de la acción política para que la figura central del partido sea el militante: esto es el individuo que se compromete a una acción, otorgando trabajo y recursos. Un núcleo de militancia programa actividades, debate sistemáticamente, se forma y ofrece formación. El programa de trabajo y sus resultados es evaluado por la dirigencia en un contexto de premio al esfuerzo y la eficacia y de castigo a las prácticas contrarias a la ética o programa partidario. La promoción a dirigente debería implicar entre otras cosas pruebas de haber adquirido una formación adecuada para ello.

También las formas organizativas deben desestimular la perpetuación de dirigentes en cargos partidarios y públicos. Esto es importante para evitar la consolidación de sistemas clientelares y de

apropiación de espacios por parte de ciertos actores. Hay que estimular la rotación. Eso motivará más a los militantes y permitirá tener más dirigentes formados y con experiencia.

Una vez desarrollado el programa, definidas las mejores prácticas de vínculo con la sociedad y estructurada sólidamente su organización, las fuerzas políticas que pretendan promover el bienestar colectivo tendrán en el Estado el **principal instrumento de transformación**. Ello implica en primer término que la fuerza política posee las competencias técnicas para transformar los elementos del ideario en política de Estado y en segundo lugar que posee claridad sobre como estructurar el aparato estatal para cumplir con aquellas tareas.

Es principalmente a través del Estado que una fuerza política puede combatir la anomia reformulando sus órganos reguladores y judiciales. Pero también tiene en el Estado el instrumento más importante para enfrentar la situación de decadencia elaborando y apoyando una adecuada estrategia de crecimiento, operando un proceso de redistribución de ingresos que modere las desigualdades y mejorando la calidad de los servicios a cargo del sector público.

En la medida que la anomia social no se debe solo a la debilidad estatal sino también a la arbitrariedad de las elites, la responsabilidad de la fuerza política para dejar guiarse solo por las leyes y luchar por mejorarlas, debe ser complementada por una guerra frontal contra la arbitrariedad de los más fuertes. Esta difícil tarea es esencial sin embargo tanto para combatir la anomia como para revertir la crisis de representación que afecta a la política.

II. Para erradicar el síndrome de la abundancia

El otro conjunto de problemas que identifiqué como centrales tienen una clara raíz cultural. El síndrome de la abundancia y la débil ética del trabajo a él asociada, el facilismo y la especulación, el predominio de la microsolidaridad y su relación con la incivilidad, la debilidad del concepto de nación y la incapacidad de articularse y cooperar son los de mayor importancia.

Estos aspectos culturales se fueron acuñando durante años y décadas y dejan una impronta que no es fácil borrar. Sin lugar a dudas, la importancia de estos problemas en la Argentina, precisa que las fuerzas políticas que apunten al bienestar colectivo, tengan muy en claro su importancia porque la labor política en estos aspectos deberá ser en un sentido fundamental, una acción educadora sistemática y continua. Por ello un partido político no solo necesita ser expresión de la sociedad sino también ejercer sobre ella una acción que ayuda a esta a superar sus limitaciones. La tarea de cambio social que aquí se propugna necesita de fuerzas políticas que no solo actúen como agente de cambio institucional sino también como agentes de cambio cultural o en otros términos como educadoras.

El hablar claro a la sociedad sobre sus problemas es una arma poderosa de transformación; en general las fuerzas políticas han preferido renunciar a la tarea de hablar de los problemas de fondo ya sea para evitar lo que consideran un costo o simplemente por ignorancia. La consecuencia es que han sido funcionales a reforzar conductas y creencias inapropiadas. Las fuerzas políticas necesarias deberán explicar con claridad que no somos una sociedad “condenada al éxito” por las fuerzas del mas allá; que no hay logros significativos sin esfuerzos significativos, que la cultura consumista no es la principal fuente de bienestar, que debe castigarse la especulación, que violar la ley es agredir al vecino, que delincuencia no es avivada, que la pertenencia a un colectivo nacional es esencial para despertar energías, etc.

Obviamente esta es una tarea para las fuerzas políticas aun cuando no estén en control del Estado, pero sin duda que una vez en control del mismo deberán utilizarlo para potenciar el cambio cultural necesario.

Otros dos elementos son importantes para una renovación cultural. En primer lugar, la presencia de los intelectuales y del sistema educativo es también central y deben ser fortalecidos para cooperar en esta crucial tarea. Por otro lado es preciso el desarrollo de un comportamiento diferente de los medios de comunicación abandonando el enfoque predominantemente superficial y sensa-

cionalista que no deja lugar para abordar los problemas centrales de la sociedad con algún grado de profundidad. Además es necesaria una mayor formación de periodistas y responsables periodísticos para un mejor trato de los temas que tratan y un trato de los que no tratan. La confluencia entre fuerzas políticas, mundo académico y medios de comunicación es una congregación de energía suficiente para operar cambios profundos en las concepciones y actitudes problemáticas predominantes en la sociedad.